



personas apresuradas que huyen del calor de la calle, visiones fugaces que desaparecieron por cualquier causa. La goma del balón y la parte metálica de su pierna derecha escayolada, establecieron un ritmo de percusión. Hizo también de calor y alargamiento. El sombrero de exterior le protegía, pero hacía bajar por su frente gotas de sudor que el escudo de voz en cuando, silenciosas.

“Es un día agobiante... un día de infierno”, pensaba el hombre.

Después de haber recorrido algunas manzanas procurando naturalmente siempre el resguardo de la sombra, emprendió, como todos los días, el regreso a su casa.

Un perro en collar, vulgar y feo, le auxilió al salir inesperadamente de una esquina. Alargó el balón para ahuyentarlo, y el perro cambió de dirección, cruzando la calle. A su vez, el hombre se dispuso a cruzarla. Fíjose a ambos lados, naturalmente, pues no podía ningún vehículo. Apuró el balón en el caliente asfalto y adelantó una pierna, pero el balón permaneció rígido en el mismo punto y con la faja perder el equilibrio. El hombre juró entre dientes. Fíjose de él. Estaba bien fijo en el retumbante aludírón. Escó de la escena, sintiendo como la guarda metálica de la pierna se hundía también en la pesada moeda.

“¡Maldita sea, esto de ser maldito! ¡dijo en voz alta.

Apurándose en su pierna con sus propios pies con el pie. Pero el hierro se había clavado rigidamente y parecía no querer salir de allí. Se auxilió con las manos, tirando de la escayola y, a cada intento la cara se le ponía más colorada, después se dio cuenta de que el zapato también se había hundido un poco, privando a la pierna con de momento.

Comprendió que se había clavado en el asfalto, en posibilidad de salir, a no ser que recibiese ayuda.

Fíjose a ambos lados de la calle pero no podía nada.

“¿Tendré que esperar...”

Había transcurrido una hora y el hombre continuaba en su prisión. La calle seguía silenciosa. En una ocasión creyó ver a alguien, después comprendió que se trataba del perro que el mismo

había espantado momentos antes.

Había hecho algunos intentos para desahucarse de la negra jeta, sin resultado. Ahora... esperaba, simplemente. Todo no pasa por escape -pensaba-; quizás no pueda a pensar a estas horas?... Aunque la cosa no es así... el aludírón no debería detenerse por mucho calor que haga. Por lo menos, no de esta forma.” Pero, fuera como fuera, estaba allí encerrado y tenía que salir.

Fíjose hacia sus pies. La guarda de hierro se había hundido más y la escayola rosaba el asfalto. La otra pierna también había descendido; el zapato comenzaba a desaparecer. El calor continuaba siendo insuperable y el sol brillaba con una intensidad asustadora. El hombre miraba de vez en cuando hacia las ventanas cercadas a su alrededor, esperando ver a alguien que pudiera auxiliarle. Pero las ventanas estaban cerradas. Descubrió finalmente al perro, no muy lejos de él. El hombre alzó y el perro se detuvo, interesado; el hombre fijó sus ojos en los alrededores del animal, que le observaban atentos.

“¡No...”

El perro, inesperadamente, dejó de prestarle atención y emprendiendo un trote corto desapareció, definitivamente, detrás de una esquina.

Entre las cuatro de la tarde. El asfalto parecía seguramente por el momento de mayor calentamiento. Los pies del hombre se habían hundido más y estaban casi enterrados. Por fin, después de otra media hora, vio a un hombre que se dirigía hacia él. Al descubrirlo le llamó con todas sus fuerzas.

“¡ venga, por favor, venga! ¡le hizo señas con la mano-, estoy prisionero en el asfalto, ayúdeme a salir, por favor!”

El otro se acercó despacio, mirando extrañado, como si no entendiese lo que le decía. Cuando estuvo más cerca, el hombre comprendió que se trataba de un viejo de unos setenta años, con el pelo gris y una barbita del mismo color. Sus ropas eran blancas y estaban muy usadas.

“¡Fíjese, mire lo que me ha pasado! ¡Me he quedado pegado en el aludírón y no puedo moverme... ¿Puede ser

posible de echarme una mano?”

“¿Una mano? Sí... por supuesto. Pero no se si podrá. Estoy bastante débil, ¿verdad?... Pero, ¿por qué no?”

Se acercó a él y se colocó a su lado.

“¿Cuánto se haga así... ¡de pegarse también!”

“¿Pegarme?” -contestó al viejo-. Oh, no, no se preocupe yo peso muy poco.

Debía de pesar muy poco, efectivamente, los huesos de la espalda se le clavaban en la chaqueta y sus piernas sobresalían, rodeadas de tirantes pelados.

“¿Vamos a ver... ¡oh!, tiene una pierna escayolada. ¿Qué le parece si intento tirar de ella? ¿Le parece que será la mejor forma.”

Los dos tiraron del vicio. El cuerpo del anciano temblaba por el esfuerzo y la cara del hombre volvió a ponerse roja, pero la pierna no se elevó ni un milímetro.

“No... no me parece que sea la mejor forma -el viejo pensaba-. ¿Qué qué voy a hacer?... Voy a ir a mi casa, y con la ayuda de mi nieto y una cuerda, probarémos de nuevo. Yo... va muy bien... ¡Fíjese aquí al lado y no tardará ni cinco minutos!”

El viejo se alejó con pasos apresurados.

“¿Qué tanto se está en dejarle partir -pensó el hombre-, le debía decirle que entrase a casa.”

Pasó el tiempo y el viejo no apareció. El hombre pensó si se habría olvidado a si vivía más lejos. Desconfiaba que volviese cuando, a lo lejos, creyó verlo. Sí, debería ser él. Pero mucho antes de llegar, se dio cuenta que el viejo había marchado en dirección contraria.

Las piernas, ahora, se le habían dormido y las plantas de los pies estaban llenas de hormigas.

“¡Es horrible estar así... esperando a alguien que no pasa!... Fue en ese momento cuando vio lo absurdo de su situación. Clavado en el asfalto... Era ridículo, una ridícula tontería-. Muy bien podría llamarse Mickey, Guffy o Tom...”

El guarda despertó inmediatamente y el hombre lo vio, alto y fornido. Cuando estuvo a su lado

comenzó que era bajo y no muy galán, con la cara en forma de pera y cicatrices de alguna enfermedad antigua. La cosa no causó especialmente y su necesidad de salir.

-A lo mejor el llamamos a los bomberos, lo sacarán enseguida -le dijo el guardia- está demasiado huido en el asfalto para tirar de usted... Se rompen, ¿comprende? Creo que deberá cortar a su alrededor y extraerlo con todo el trabajo y después quedárselo poco a poco... o algo así. O, señor, voy a por los bomberos, ¿le parece?

-O... Oí de una estudiante ideal Pero por favor, dame prisa... estoy huido.

-No se preocupe, no se preocupe. Estará de vuelta en cinco minutos.

-Cinco minutos? El mismo tiempo que el viaje... Claro, qué un guardia no es un viejo cualquiera y los bomberos no se mueven con chapulines cuando se trata de salvar a alguien.

Frente a ellos se oyeron...

Vió a los niños. Habían los ojos cerrados, agitados por tanta calor y tanta espera. Al acercarse los chicos, los señores habían descubierto parte de la pierna y parte de la espalda. Los niños le miraban. Era tres y se acordaban, vivían a esperar, le miraban fijamente, serenos. Cuchicheaban entre ellos.

-¿Días, verdad?

La niña desapareció para volver al momento con tres niños más. El hombre volvió mirando colgando y una exclamación de silencio. ¿Qué estarían haciendo? Ciertamente, el espectáculo de un hombre clavado en el asfalto, al lado de un balón como una araña, no se veía todos los días. Pero los niños parecían mantener cierta precaución.

Uno de ellos, una niña de cinco o seis años, vestía sólo unas braguitas azules y la piel de todo su cuerpo estaba morena de sol. Era como un pequeño insecto marrón, con un lunar azul.

Por fin se paró. Todos se pararon. Habían llegado a un acuerdo con respecto al hombre.

En fila india se le acercaron, pegados a las cosas, y se detuvieron a cierta distancia. Las palabras no le hicieron daño. En realidad no había

nada por su impaciencia, ni sólo contra los niños. Fue un desagrado interior que nunca había conocido.

-¿Dónde está el papelito por cable?

-¿Dónde está el papelito por cable?

-¿Dónde está el papelito...?

El hombre chilló.

-¡Fuera! ¡Fueraaaa...!

El grito le saltó en proporción. Fue una especie de alarido con el que se produjo una catarsis liberadora que lo tranquilizó. Incluso al sol ya no calentaba tanto y tampoco se dio cuenta de que se había huido varios centímetros más.

eran dos jóvenes de unos veinte años. Uno con una guitarra, el otro con una lira.

El hombre los vio llegar hacia él. A unos quince metros lo descubrieron y se le acercaron.

-Señores, por favor... Vienen oportunamente. Miras, miras que me ha pasado... ¡Evidente... no puedo salir por mis propios medios! ¡Podría...! ¿Podría...?

Los dos jóvenes se miraron y volvieron a mirar al hombre.

-¿Qué más lejas el chico? ¿Dijo el de la guitarra.

El otro rió la broma, como una rata.

-No... no me has entendido: estoy prisionero, prisionero del asfalto! Se ha solidificado por el calor y no puedo salir. ¿Cuántos...? ¿Podría...? Por favor, señores...

-Seguramente a Louis Armstrong o Duke Ellington se les ocurriría algo. ¿Por qué no prueba?

-Oí... ¿por qué no?

-No se trata de ningún circo de cirques prueba, es la verdad. No puedo moverme... Dejen la guitarra, amigo, y evidente.

-Deja los libros, sí.

El otro dejó los libros sobre el asfalto. El hombre, mecánicamente, levantó los libros: El hombre Fuerte, El Jardín de Epicuro, Pensamientos de Pascal, Un Flauto Falso...

El de la guitarra apoyó un pie en el libro de arriba y rasgó las cuerdas. Un acorde en tono menor y, después, una octava disminuida, que puso el contrapunto. La mano derecha estableció el ritmo. Un ritmo sincopado, duro. La mano izquierda recurrió al rítmico de la guitarra

lentamente, con seguridad, introduciendo un principio melancólico y rítmico.

-No... no me has entendido...

-Calla, imbécil, ¿no ves que está loco?

Los acordes eran ahora declaratorios, incitadores de la improvisación. El joven cantó con voz de barítono:

*En el mundo no hay justicia  
este hombre se pagó...*

...ah, ah, ah,

*y se hundió pagado*

*El espíritu para por su lado  
de su facha se rindió*

...ah, ah, ah,

*y en el asfalto murió...*

...ah, ah, ah,

*¡Padre hombre desgraciado!*

-¡Pero, pero...!

-Calla, imbécil!

*¿Por qué no se acerca nadie?  
¿Por qué nadie le hace caso?  
¿No ves su cara respirando?...*

La melódica crecía en ritmo, insistente, pesada. El hombre tocaba y cantaba, con los ojos cerrados. Su compañero sonreía, admirado, en mirar al hombre, como en teatro.

...Se está muriendo

*Sin reclamo por avería...  
pero su calor es negro*

-¡Bueno, bueno... bueno!

La música terminó con un gorgoteo agónico. Los jóvenes respiraron fondo. Recogieron los libros. El compositor recibió las felicitaciones del otro.

-¡Eres fenomenal!... Termina y preséntala a un concurso. Qué jazz, qué rítmico, qué patético!

Se elevaban.

El hombre los chilló.

-No... no, no se vaya! Espere un momento!

-¡Señor... señor... ¿está bien?

Éra una voz, pero el hombre no podía oír ni verla: se había quedado dormido. La voz se acercó y le tocó en el brazo.

-¿Está bien, señor?

El hombre dio un respingo.

